

Obituario

Era, en el buen sentido de la palabra, bueno

La leve mutación temporal del verso de Antonio Machado sirve de continente genérico donde dar cabida a la procesión de virtudes que convergían en Alfonso Civera, compañero mío y tuyo, lector, y comercial, sin eufemismos, buen comercial, emplazado en Burriana, y que venía entregándose a la mutua desde hacía más de dos décadas. Escribo entregándose porque entrega parece el sustantivo más acorde para ejemplificar la capacidad de trabajo y la fidelidad sin rechistar de un tipo que se ha apartado de este mundo mucho antes de lo que aconseja la estadística de esperanza de vida occidental y de lo que sería deseable en gentes que se dan tanto a los demás.

Lo tenía por amigo, amigo del trabajo, amigo de los predicen poco y dan mucho. Cómplice de bromas y de veras, presto siempre a resolver tu necesidad, personal o profesional, antes incluso de que se presentara. Un tipo serio y jovial, uno de esos extraños especímenes humanos que revisten su profesionalidad de campechanía y no tienen otra bandera que su sonrisa a tiempo y una colección de síes dispuestos a flor de lengua.

Virrey comercial en solitario durante muchos años en los territorios de Burriana y Vila-real, se multiplicaba por sí mismo para atender a todos los que requerían de su servicialidad urgente. Este visitador infatigable acabó siendo amigo de la mayoría de sus visitados. Era imposible no llevarse bien con él y por esa razón y por otras trescientas, al menos yo, no he escuchado jamás una mala palabra sobre Alfonso.

Uno siempre le ha dicho a sus íntimos que en el hipotético supuesto de que si algún día constituyese una empresa y necesitase de algún comercial, mi candidato y mi oferta hubiese recaído sobre Alfonso, sobre el bueno de Alfonso. Pero me da, a pesar de nuestra buena relación, que no hubiese aceptado el ofrecimiento porque llevaba la Mutua cosida a su apellido, como esas estampitas que algunos llevan en la cartera para evidenciar su fe. El CIF de una de esas fes que Alfonso abrazaba comenzaba por G y terminaba por cero.

Como a todos le conocí momentos bajos, el buitre eterno de la desmotivación rondando sobre nuestras divisorias. Pero a diferencia de la mayoría, Alfonso continuaba infatigable, sin abandonarse, sin poner el punto muerto de la desidia. Hasta que volvía a remontar y a sudar la calle y el oficio.

Hace un par de años, cuando su hija Berta, recayó en el departamento de Comunicación para realizar las preceptivas prácticas de fin de carrera, recibí una llamada suya probatoria de su condición y de su integridad. Me instó telefónicamente a ser duro con ella si hubiera lugar, a dejar de lado cualquier atisbo de tratamiento de favor por mor de su procedencia, a tratarla con más exigencia que deferencia.

- No hará falta, Alfonso. Algunos palos no pueden sino producir parecidas astillas

Le debí decir algo de ese corte porque pensaba, como así fue, que su hija tendría las mismas valencias químicas que el padre. Y pensé entonces y pienso ahora igualmente que con gente de ese fuste en la gestión mejor nos iría en todos los ámbitos.

Sentí su muerte. Sentí su enfermedad y su proceso de deterioro. La última vez que conversé con él me declaró su fe en la fe y supe que moriría sosegado. Los hombres buenos merecen morir de esa manera.

Si hasta ese cielo íntimo que te fabricaste te llegan estas letras, trasladarte que hay centenares de brazos que quedaron pendientes de abrazarte. También los míos.